



**DESDE ACA Y HACIA ALLA: ENTRE EL PRESENTE Y LA EVOCACIÓN DE UNA
COLONIA RURAL TOBA EN LA PROVINCIA DEL CHACO**

Graciela Guarino *

Resumen

El objetivo de este trabajo es registrar las representaciones que los tobas de la colonia rural Cabá Ñaró, en la provincia del Chaco, tienen sobre los hechos pasados. Se basa en la propuesta teórico-metodológica de abordar la memoria colectiva como un universo de construcciones sociales sobre lo vivido, narrado y sabido de una comunidad.

Palabras clave

Memoria colectiva- pasado – saberes – significaciones - naturaleza

Abstract

The objective of this work is to register the representations that the tobas of the rural colony Cabá Ñaró, in the province of Chaco, has on the last facts. It's based on the theoretical-methodologic proposal to approach the collective memory like a universe of social constructions on the lived thing, narrated and known of a community.

Keywords

Collective memory - pass - knowledge - meanings- nature

* Instituto de Historia. Prof. Adjunta en la cátedra de Antropología. Facultad de Humanidades. UNNE.



Introducción

Este trabajo se enmarca en el campo de estudio de la memoria colectiva y su contenido argumentativo para legitimar el patrimonio cultural y territorial de un grupo étnico. El título ambiciona ser una analogía del utilizado por el misionero Florián Paucke para su obra *Hacia Allá y Para Acá*, escrita a fines del siglo XVIII, con la intención de dejar registrado sus vivencias y el singular estilo de vida de los mocovíes, del norte de Santa Fe, con quienes convivió.

Las informaciones reunidas provienen del trabajo etnográfico realizado en la comunidad toba de la Colonia El Tacuruzal, departamento Maipú de la provincia del Chaco. Estas familias indígenas viven allí desde 1935, en lotes de hasta 100 hectáreas, dedicadas a la producción agrícola, más precisamente la cosecha de algodón. Junto a los terrenos ocupados por el templo pentecostal y la sede de la Administración constituyen la reserva aborigen, estando el resto del territorio de la colonia habitado por algunos criollos y dos establecimientos educativos para la enseñanza primaria.

Con el objetivo de conocer los procesos socioculturales de esta colonia rural en su devenir temporal, se apeló a la memoria del grupo de “ancianos” fundadores y sus descendientes, registrando temas y períodos destacados de su singular historicidad.

Las reiteradas alusiones a los tiempos lejanos de la caza y recolección, de la riqueza de los montes, de la miel, de la destreza de los hombres para defender su territorio, se mezclaban con las calamidades producidas por la irrupción de los blancos, con sus naves, ejércitos y colonos. En esta aparente evocación desordenada que tenían los relatos había un eje articulador, la percepción del hábitat como espacio dinámico, proveedor de recursos naturales y ordenador de relaciones sociales interétnicas e intraétnicas.

En este punto es esencial aclarar que los tobas pertenecen a una cultura de tradición oral, de hábitos nómades y medios de subsistencia provenientes de sus cacerías, recolección o pesca. Las costumbres y saberes transmitidos por los ancianos, tenían la misión de resguardar y legitimar esas prácticas como los valores que permitieron al grupo sobrevivir en situaciones adversas.

Este corpus de saberes antiguos es un material constituyente de la memoria colectiva, concepto éste, muy útil cuando se alude al conjunto de representaciones que una sociedad posee sobre su pasado. Pero este enunciado encierra la conocida polémica entre el valor de lo colectivo y la participación de lo subjetivo en la construcción de la narración evocativa. ¿Qué se rememora y qué se olvida? ¿Cuál es el rol de la memoria individual en los recuerdos colectivos? ¿Es la memoria colectiva una recopilación de situaciones personales memorizadas?



Jean Candau, propone resolver los enredos de esta controversia utilizando el “concepto de marcos sociales de la memoria”¹ antes que memoria colectiva porque ésta carece de valor explicativo respecto de los procesos que la conforman.

Los marcos sociales son construcciones o también nociones que orientan las evocaciones individuales, proporcionando sentido al relato y legitimando al relator. Entre estos marcos están el lenguaje, el tiempo, el espacio y la pertenencia al grupo, elementos que crean el campo de inteligibilidad necesaria para que discurra el acontecimiento memorizado por el individuo, logrando significación social. “Así, alguien que *transmite la memoria* puede verse investido de prestigio por el grupo cuando lo que recuerda está valorizado (es el que sabe) o, por el contrario, puede ser estigmatizado cuando la imagen del pasado que emite es rechazada por la sociedad.”²

Si bien la memoria es la facultad humana que permite la reconstrucción del pasado, y éste es el objeto de estudio fundacional de la disciplina histórica, existe entre ellas una diferencia cualitativa que apunta a su naturaleza. Mientras la Historia se propone ordenar el pasado, explicarlo y reeditararlo según premisas científicas; la memoria es “la vida, vehiculizada por grupos de gente viva, en permanente evolución, múltiple y multiplicada...”³

Esta aclaración es necesaria porque el objetivo de este trabajo es registrar las representaciones que los colonos toba tienen sobre los hechos pasados, cómo entienden se produjo la relación con los conquistadores, y cómo legitiman la continuidad con el presente. No se busca las relaciones causales ni otras explicaciones que no sean las que ellos mismos tienen sobre sus experiencias, propias o heredadas.

Las familias aborígenes que habitan la colonia rural El Tacuruzal descienden de los grupos toba que deambulaban por el Chaco austral antes de la conquista española. Permanecieron en este hábitat resolviendo, a su manera, los desafíos del avance territorial del hombre blanco, negociando con ellos, en algunas circunstancias, ofreciendo resistencia en otras. No pudieron evitar la instalación definitiva de fortines y poblaciones intrusas, como tampoco el impacto cultural de la vecindad con el colonizador.

Actualmente son pequeños productores, asociados a la cooperativa rural, sus hijos concurren a la escuela primaria de la colonia, y en el templo de la Iglesia Evangélica Unida encuentran la contención espiritual de su existencia. La distancia temporal entre la época de sus antepasados y el presente está atravesada por explicaciones sobre las diferentes relaciones que mantenían con la naturaleza y con los “otros, intrusos”.

Antes eran dueños de la tierra, ahora, son sobrevivientes. Y este cambio en su condición social y cultural tiene el correlato en el espacio habitado, en consecuencia también ocurre una transformación de las condiciones en las que se desarrollan las relaciones comunidad-naturaleza.

¹ Joël Candau *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 2002, págs. 65-67

(1) Joël Candau *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 2002, pág. 67

³ Ob. cit. pág. 57



Estos aspectos del cambio cultural en los pueblos originarios del Chaco provocados por el modelo agro-exportador y la formación de frentes extractivos desde fines del siglo XIX, ya han sido analizados por autores reconocidos⁴. Por ello el aporte que se expone en esta investigación está dirigido a explorar en el análisis que hacen del devenir del grupo, cuáles son las vinculaciones con el entorno, cómo han resuelto en cada época las demandas alimenticias, cómo analizan su categorización como productores.

Un recurso auxiliar que se incluyó en esta investigación fueron las fuentes éditas de los misioneros, *Historia de los Abipones* de Martin Dobrizhofer, *Hacia allá y para acá* de Florián Paucke y *Gran Chaco Gualamba* de Pedro Lozano. Sus reproducciones gráficas e informaciones sirvieron para reconocer las especies, otros recursos naturales, usos y costumbres alimenticias y características del medio ambiente entre los siglos XVI y XVII. Todo esto según la percepción de quienes convivieron con parcialidades de la familia Guaycurú.

Los primeros contactos con el hombre blanco

De estas épocas los relatos de los ancianos tienen como epicentro el Paraje El Destierro, terreno vecino a las chacras y donde fuera emplazada la ciudad colonial de Concepción del Bermejo a fines del siglo XVI. Según afirman las fuentes históricas en este espacio convivieron españoles, criollos e indios, los pacíficos matará y los agresivos guaycurúes, protagonistas de la destrucción de la ciudad en 1631. Pero en la tradición oral de los tobas otras causas explican lo sucedido en el lugar y de allí el nombre otorgado al paraje, entre cuyos montículos están “enterrados” los restos de los habitantes y sus viviendas.

El yacimiento de Km 75, ubicado en el noroeste del Departamento Maipú (provincia del Chaco) a la vera de la ruta nacional Nº 95, es el lugar donde se erigió la ciudad colonial de Concepción del Bermejo, el 14 de Abril de 1585. (Ver mapa, fig. 1)

Ciento treinta y cinco soldados, al mando del conquistador español Alonso de Vera y Aragón, partieron desde la ciudad de Asunción, con el propósito de fundar un asentamiento cercano al río Bermejo. Según las fuentes históricas, esta corriente pobladora tenía un objetivo estratégico-defensivo, convertir a la ciudad de Concepción del Bermejo en nexo de comunicación entre Asunción y Tucumán, y también como barrera para someter a las tribus belicosas de la región.

La vida cotidiana de este asentamiento fue escenario del contacto hispano- indígena, expresado en un abanico de relaciones que comprendían la convivencia con los matará, pueblos

⁴ Se pueden mencionar a:

Hermitte, Esther y Equipo. (1995) *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la Provincia del Chaco*. Misiones, Edit. Universitaria, 3 tomos.

Beck, Hugo. (1994) *Relaciones entre blancos e indios en los territorios nacionales de Chaco y Formosa, 1885-1950*. Cuadernos de Historia Regional, Resistencia. IIGHI, 29.

Gordillo, Gastón. (2006) *En el Gran Chaco Antropología e Historias*. Buenos Aires, Ed. Prometeo.



agricultores oferentes de mano de obra, tanto como las hostilidades con las parcialidades guaycurúes, pueblos nómades y belicosos, también conocidos por el término de *Frentones*. La existencia de Concepción del Bermejo estuvo signada por las alternancias entre estas relaciones interétnicas, de las que dependía para sobrevivir y que terminaron por provocar su destrucción y abandono en 1631.

Las ruinas de la desaparecida ciudad colonial en territorio chaqueño, se descubrieron de manera fortuita en 1943, cuando el señor Alfredo Martinet encontró restos de alfarería y montículos distribuidos regularmente a un costado de la ruta que unía Roque Sáenz Peña y Fortín Lavalle. Presumió que se trataba de vestigios arqueológicos y para cerciorarse convocó a investigadores a explorar el terreno y analizar los materiales desenterrados.

La Universidad Nacional del Nordeste inició estudios sistemáticos en el yacimiento desde 1960, incorporando como estrategia de la investigación arqueológica evidencias históricas, urbanísticas, geocronológicas y etnohistóricas que permitieron la identificación de las ruinas de Km. 75 con la desaparecida ciudad de Concepción del Bermejo. Desde ese momento a la fecha presente se realizaron numerosas excavaciones, con resultados altamente satisfactorios respecto de la exhumación de restos materiales, óseos y recuperación de estructuras originales⁵.

Otro aspecto de curiosidad científica que resulta de las evidencias arqueológicas del sitio es la naturaleza antropodinámica que tiene como espacio habitado, antes y después del período. Es decir que el lugar no fue deshabitado permanentemente en 1631, sino tuvo períodos de asentamientos temporales de comunidades aborígenes cazadoras-recolectoras de la región del Chaco.

Esto tiene además el apoyo de las fuentes éditas que relatan las bonanzas de un hábitat rico en especies arbóreas, animales y cursos de agua. Escribía Pedro Lozano, “En todo el país hay multitud increíble de varias maderas... Hay quebrachos así llamados, porque su solidez y dureza hacen pedazos las hachas al cortarlos o labrarlos... Hay altas y frondosas palmas, que forman palmares de seis, ocho y diez leguas. Sus cogollos se comen cocidos, y son sabrosísimos... Hay infinitos algarrobos... de su harina hacen panes. Hacen también vino de la algarroba... El chaguar es una planta, de que sacan el hilo como el de cáñamo de Europa.”⁶

No menos abundante y variada son las especies animales que conviven con los toba, por ejemplo el tatú, el capivara “muy parecido al puerco, y aunque su pasto es hierba, que pacen en las riberas, viven más de ordinario en el agua, y se zambullen en ella, por largos ratos, cuando los acosan.”⁷

⁵ Un análisis de todos los estudios realizados en el sitio arqueológico fue presentado en el XXV Encuentro DE Geohistoria Regional. (En: Susana Colazo, Graciela Guarino. “*El sitio de Km 75. Una revisión de sus investigaciones*”. Corrientes. 2005.)

⁶ Pedro Lozano. *Gran Chaco Gualamba*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1941, págs. 38-43

⁷Ob cit. Págs.. 51-53



En este punto la inclusión de la Antropología Cultural ofrece la riqueza del registro etnográfico como otra fuente de datos para profundizar las interpretaciones de procesos culturales pasados. Los 46 años de existencia de Concepción del Bermejo (1585-1631) representan un recorte temporal brevísimo en el espacio milenario de la región del Chaco donde estuviera emplazada. Y el sitio en sí mismo tiene un valor sociocultural extendido en el tiempo, que sobrepasa a la ciudad colonial y llega hasta el presente.

Casimiro Durán es un anciano reconocido, entre los pobladores de la colonia El Tacuruzal, por integrar el grupo de caciques fundadores de la reserva aborígen. Nació en 1925 en la localidad de Roque Saenz Peña, y hacia 1940 junto a sus padres, se estableció en el lugar. Durante las entrevistas demostró gran interés por informar hechos del pasado para que éstos quedasen registrados por escrito y los jóvenes pudieran leerlos. La expresión que utilizó fue: *“Yo voy a historiar y usted va a escribir. Porque los hermanos están fallecidos”*.

De su memoria emergieron descripciones de cómo sus antepasados se enfrentaron a los tigres, persiguieron a los avestruces camuflándose con ramas, o a las iguanas, a los tatúes y langostas. Las mujeres tobas no trabajaban, criaban los hijos, y recolectaban frutos. Pero conocieron al conquistador que se instaló en un pueblo, denominado El Destierro, y todo fue bien hasta que las mujeres blancas trasgredieron la norma de no acercarse al río durante su menstruación. Entonces ocurrió un gran movimiento de tierra que destruyó la ciudad, los animales huyeron, y todo quedó sepultado para siempre.

“El hombre blanco, por su ignorancia, acabó con todo, pero los toba se salvaron porque ellos sabían cómo respetar la naturaleza” afirmó Casimiro.

Los orígenes de la colonia hasta el presente

Ubicación y denominaciones para una sola colonia

Lote 15 es la denominación catastral que figura en el plano de mensura, pero es más conocida como Cabá Ñaró o avispa brava en lengua guaraní. Está ubicada a 15 km en dirección nordeste de la ciudad chaqueña de Tres Isletas, cabecera del Departamento Maipú. El acceso vial es por la ruta provincial Nº9, pavimentada hasta el cruce con la ruta nacional Nº 95, y luego cuatro km. de tierra hasta el ingreso principal de la colonia. (Ver mapa, fig.1)

Varias denominaciones circulan, entre los habitantes de la ciudad de Tres Isletas, sobre esta colonia rural, para algunos es Lote 15, o colonia El Tacuruzal, o Lalelay, o Cabá Ñaró. Para aclarar esta controversia comparamos la información oral de los miembros de la comunidad con la documentación catastral de la Oficina de Colonización, Delegación de Tres Isletas, de donde resultó que:

- El término Cabá Ñaró corresponde al extremo noroeste, más precisamente al lote de ingreso a la colonia donde había un almacén, propiedad de un criollo. Allí se reunían los correntinos a beber, hasta que la diversión concluía con alguna pelea mortal. *“Gente brava como la avispa esos correntinos”*, es la explicación que tienen para la



denominación. Casimiro Durán es más preciso en su relato cuando comenta respecto del almacén:

“Cabá Ñaró porque la avispa, malo. Pero la persona significa eso. No es por el bicho sino por la gente mala, brava, muchos muertos. Algunos correntinos malos, peleaban con los paisanos. El dueño primero del almacén fue Fernández Plo.”

- Colonia Lalelay, este nombre designa a la tararira, pez que habita en el Zanjón, hoy denominado Salto La Vieja. Este Zanjón se ubica hacia el noreste de la colonia, y se alimenta del agua de lluvia y el desagüe de los terrenos bajos. Fue una zona de monte abundante donde mariscaban, pero en la actualidad las tierras están cercadas como propiedad privada.
- Lote 15 o Colonia El Tacuruzal es el terreno correspondiente a la reserva aborigen, según consta en el decreto provincial N°188/71, y comprende los lotes 66 al 71; 111 al 121; 131; 161 al 170.

El Departamento Maipú pertenece a la región del Chaco central o de Transición entre el Chaco oriental húmedo y el occidental seco. Es la región de los Parques y sabanas secas, con áreas de pastizales no inundables denominados pampas o abras- Predominan los árboles de madera dura, ricos en tanino y adaptados a una estación seca como los algarrobos, quebrachos, garabatos, guayacán.

Es una zona agrícola-ganadera y forestal. Entre los cultivos industriales se destaca la participación del cultivo de algodón y las oleaginosas (soja y girasol). La ganadería constituye la actividad de mayor importancia con la cría de ganados bovino y caprino fundamentalmente, junto a la explotación forestal. Y son estas acciones antrópicas los factores que modifican el paisaje natural, cambios que también influyen en el proceso vital y cultural de las poblaciones nativas.

El espacio habitado

La colonia comenzó a ser habitada después de 1940 por iniciativa de un grupo de caciques o “ancianos”, que se movilizaban con su banda. Los nombres de estos líderes emergen de la evocación del único sobreviviente, Casimiro Durán, aunque adquirió la calidad de jefe luego del fallecimiento de su padre, Ramón Durán. Los “antiguos” que recuerda son: Carlos Temay; Martín Saravia; Ernesto Petiso, Moreno Laborio; Benito Cáceres; Antonio Gómez; Paula López; José Durán (primer pastor del culto Iglesia Evangélica Unida en la colonia) y Ramón Medina.

Este primer movimiento poblacional se puede registrar hasta 1970, siguiendo los datos que el Instituto de Colonización, jurisdicción de la ciudad de Tres Isletas posee en los informes catastrales. Cuarenta y cinco familias toba se radicaron en el lugar oriundas de localidades vecinas como Machagai, La Tambora, Roque Sáenz Peña, Fortín Lavalle, el Espinillo y otras zonas cercanas al río Bermejo.



Los primeros tiempos en la colonia no fueron fáciles, los pobladores continuaron practicando la caza y recolección que les ofrecían los montes de quebracho y algarrobo. Además al poco tiempo de asentarse allí, hacia 1936 o 1937, se produjo una gran sequía en el Chaco Central, las represas se secaron, los animales se morían sin agua ni pastos, la tierra perdió su fertilidad. José Carmelo es otro anciano de la comunidad que al evocar esa época narra:

*“Vinimos de cerca de Machagai, y sentimos que acá hay hogar. Vinimos de a poco. Andamos cosecheros, carpidores, mi papá obrajero. Mi papá también vivió acá. Todos viven acá y terminan acá.
Íbamos a mariscar. Esta pampita es hermosa, pero era monte, yo desmonté con hacha. Ese tiempo duro. Vivíamos de cosas pequeñitas. Aprendimos a sembrar sementeras. Me enseñó mi papá cuando era jornalero.
En el año 36, 37 seca era. Mueren animales y personas. Agua no hay, duró tres años. Lo que estoy contando usted no alcanza. En la zona no hay nada, miel de abejas no hay. Nosotros comemos plantas que conocemos, el gobierno no hay ayuda.”*

Un recurso muy apreciado para sobrevivir en esa época fue la pesca que realizaban en el Zanjón, y la mariscada en las zonas vecinas. Terminada la sequía el territorio recuperó su riqueza y los tobas continuaron alternando el desmonte y sus mariscadas.

Casimiro Durán enriquece sus narraciones con datos que explican el antes y después en la vida de los tobas de la colonia. El eje de su relato es 1940, año que marca el inicio de la ocupación espontánea de los lotes, pero la continuidad del estilo de vida mariscador:

*“Cuando yo llegué en el año '40 había animales salvajes, y nosotros todos chimbos. Sin anotar y sin hablar la castilla.
Había tigre, mi papá mató tres con winchester que sacó a la policía. Ahora estamos todos entreverados, pero antes no. Antes en el año 30 peleaban entre las 4 etnias, toba, pilagá, mocoví, wichí.
Vendíamos cueros de iguana, ñandú. Comíamos pájaros, charatas, patos. Pero había agua, crecientes en el Chaco. Porque el paisano andaba caminando como animales. Eso era la vida para nosotros. Nos cubríamos con cuero de guanaco. Así andábamos.
Los aborígenes andaban así no más, no tienen casa, meten al monte y ahí se marisca, comen ñandú, guasuncho, tatú, la miel. Eso es de lo que vive la gente. Hay miel de abeja. Hay quebracho colorado y blanco, ahí van las avispas de la miel. La algarroba hacemos torta.”*



Otra fuente documental viene a confirmar lo que la memoria de estos pobladores tiene registrado como momentos significativos de la comunidad. Es el Informe de la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios realizado en el año 1943, donde se identifican a los “caciques, jefes y lenguaraces en el territorio del Chaco...”⁸. Hay coincidencia total con los nombres de los caciques ya enunciados por Casimiro Durán, y respecto de los medios de vida dice: “Trabajan en la carpida y cosecha del algodón, según la época del año, entre Castelli y Tres Isletas. (...) Existen indígenas no radicados, tanto tobas como maticos, que ambulan según la época hasta el río Teuco y Bermejo. Viven de la caza y pesca y trabajan en la recolección de algodón, en los ingenios de azúcar y obrajes.”

Fue entonces, cuando el grupo de ancianos antes mencionados, se constituyó en comisión para gestionar antes las autoridades nacionales la entrega de las tierras como reserva aborígen. La fecha en que sitúan este viaje es hacia 1940, pero como reconocen que fue el Presidente Juan Domingo Perón quien les dio la autorización para ocupar legalmente las tierras, esa fecha podría ser más tardía. De cualquier manera la memoria de los ancianos le concede a Perón la identificación de “jefe paisano”, es decir un igual a ellos, quien además les entregó la documentación acreditando la argentinidad de los tobas.

En la década del '50 la situación política del Territorio Nacional del Chaco cambió al adquirir el estatus institucional de Provincia y esto impactó en las medidas hacia el aborígen a nivel local y nacional. “El Segundo Plan Quinquenal del gobierno de Perón contempló la acción tutelar del Estado sobre las poblaciones nativas en tres direcciones: la entrega de tierras fiscales en propiedad, el fomento de escuelas agrarias y de oficios y la instrumentación efectiva de medidas para el Registro Civil de los indios”⁹

Estas acciones son reconocidas por los pobladores mayores de la colonia, especialmente los varones de 21 años, quienes junto a la Libreta de Enrolamiento recibían la citación del Ejército para efectivizar el servicio de Conscripción. Muchos se presentaban sin tener certeza de la coincidencia entre la edad que figuraba en los papeles y la biológica, es decir el documento nacional era, en realidad, una certificación de su nacimiento a la civilidad. Además en posesión de documentación adquirían por extensión la calidad de ciudadanos, título que sentían les brindaba cierta protección ante la discriminación de los criollos.

*“Cuando llegó Perón, paisano de nosotros, nos dio libreta enrolamiento.
Nací en 1935. Vine de grande más o menos 22 o 23, cuando me enrolé corte dos, tres,
no cuatro años para tomar el servicio. Porque ese tiempo tiene que tomar el servicio*

⁸ *El problema indígena en la Argentina*. Buenos Aires. Secretaria de Trabajo y Previsión. Consejo Agrario Nacional. 1945. Pp. 256-261.

⁹ Graciela Guarino. “Los Indios ciudadanos”. *Revista Nordeste. Segunda época*. Resistencia. Chaco. Facultad de Humanidades-UNNE, 1998. N° 9, pág. 205.



(militar). Entré 25 pero se pone 20. Hice en el Palomar. Después me casé.” (José Carmelo).

La construcción de la escuela, hoy denominada EGB N° 602, también fue resultado de gestiones realizadas por los ancianos ante el Presidente Perón, con la idea de tener una escuela sólo para aborígenes, tal como lo había prometido “su paisano”.

José Carmelo cuenta así este tiempo:

“Cuando se levantó Cabá Ñaró empezamos a trabajar. Esa escuela son de los aborígenes. Estaba antes en lugar provisorio, pero los blancos se levantaron y pidieron otra. Martín Saravia y Petiso pidieron a Perón la escuela y debe estar en la colonia.

Pero la gente se va por la miseria. Año, año atrás yo te cuento cuando enfermamos campo no más, tomamos de remedio de campo, yuyo. El hospital escasea porque falta documento y esto... Los chicos difícil de llevar al hospital. Los chicos si no tienen documento no van al hospital. Cuando se levanta el presidente Perón ahí recién se marca los animales, tienen documento los hombres, los chicos.”

Poco a poco, el presente

Entre 1955 y 1958 la provincia del Chaco estuvo administrada por una intervención federal, resuelta por el gobierno nacional de facto. Este último dispuso que la situación de las poblaciones indígenas pasara a jurisdicción provincial, y en consecuencia la intervención federal creó un organismo local para atenderlas, era la Dirección del Aborigen.

Durante la gobernación de Anselmo Zoilo Duca (1958-1962), se crearon delegaciones de la Dirección del Aborigen en las ciudades de Castelli, Pampa del Indio y Tres Isletas. Esta última ubicada en la colonia de Cabá Ñaró, en el lote 67, donde se construyó un galpón y otras dependencias. *(Ver foto. Fig.2)*

Esta Administración fomentó la radicación de las familias tobas en torno de la agricultura del algodón y la conversión en pequeños productores rurales. Hacia la década del '70 todas las chacras contaban con mejoras, implementos agrícolas, y el apoyo material de la Dirección del Aborigen para la siembra. Otras producciones eran las plantaciones frutales y forestales. Las viviendas eran ranchos con paredes de palo a pique embarradas, techo de troncos de palmas o chapas, piso de tierra, y cocina en el exterior. *(Ver foto. Fig.3)*. Estos datos figuran en los relevamientos de lotes, mejoras, y pobladores, confeccionados por los Inspectores del Instituto de Colonización en el año 1974, y pueden ser consultados en la Delegación cita en la ciudad de Tres Isletas.

La Administración funcionaba, y aún lo hace, como una cooperativa sostenida por el pago mensual de las cuotas de sus socios, los colonos tobas. Esta adhesión les aseguraba el servicio de las herramientas, rastras y tractores para la cosecha. Además de los ladrillos que



manufacturaba la ladrillería de la Asociación en un terreno adyacente. Nemecio Temay, actual Presidente de la Institución y descendiente de antiguos pobladores evoca esos tiempos iniciales:

“La Asociación se llama Asociación Caba Ñaró desde 1990. Se fundó el 14 de abril. Tenemos personería Jurídica y los papeles están en el IDACH. Antes funcionaba sin papeles y lo dirigía James Sotelo. En ese entonces la gente estaba más bien. La Dirección del Aborigen mandó tractor, herramientas y alambres para la gente. Empezaron la ladrillería, más o menos por el cuarenta, acá cerquita, en el monte. Los socios pagan una cuota, pero no alcanza. Con esos teníamos semillas y ayuda para arar. Pero ahora no alcanza.”

La riqueza del discurso permite un acercamiento a la percepción del cambio cultural en ese período y cómo las nuevas generaciones van perdiendo los valores y las prácticas de una buena gestión colectiva.

“Ahora sembramos batata, zapallo, mandioca, calabaza. Criamos chancho, vaca, chivo, pavos. Antes cuando no había gobierno comemos del monte, pero ahora corta el árbol, saca el tanino. Por eso yo mezquino mucho árbol. Yo le aconsejo a mis nietos pero son duros. Tengo 50 has. para cada uno. Pero no hay respeto se meten los criollos, son cuatrerros. Hay que pagarle la mejor a este vecino criollo para que se vaya. Necesitamos alambre para cercar los campos y no salgan los animales. El IDACH no tiene plata. Nuestro presidente anda por acá, hay que viajar tiene que moverse, pedir ayuda.” (Casimiro Durán)

Pensaron que los conflictos con los criollos terminarían cuando tuvieran la propiedad oficial de sus lotes, pero no fue así, la expansión de obrajes, ganadería y en la actualidad la soja, mantienen latente el problema de los intrusos blancos.

Fueron reiteradas las alusiones al momento de la afectación de las tierras de la colonia como reserva aborigen. Esto sucedió en 1971, según consta en el Decreto Provincial N° 188. De allí en adelante cada familia fortaleció la percepción ancestral de pertenencia al territorio con el documento que los blancos utilizan para refrendar la propiedad. Todo les pareció más claro en el marco de las relaciones interétnicas, y por eso los tobas reclamaron el desalojo de los criollos que usurparon lotes. Hecho que no sucedió, y queda demostrado, por ejemplo, en una rectificación de la extensión de la reserva, por un nuevo Decreto Provincial en 1976, entregando a un criollo el lote 168.



Las alternancias de la economía chaqueña dependiente de las demandas del mercado internacional, hicieron que la producción algodonera cayera en crisis. La colonia sintió el impacto y desde fines de la década del '70 los jóvenes comenzaron a migrar hacia los centros urbanos en busca de trabajo.

Actualmente sólo veinte familias quedan habitando la colonia, sobreviven con los planes sociales, las changas, los proyectos de ladrillería que ejecuta la Cooperativa y la Iglesia Evangélica Unida, y de un pequeño porcentaje del alquiler de sus lotes a los productores criollos de la soja.

La gente más antigua es Carmelo, Aurelio, Pereyra. Acá en la colonia quedan como 20 familias nomás los otros se fueron a la ciudad. Alquilan la tierra por porcentaje, el 14% por el total de la producción. Se puede sacar hasta 2 toneladas por hectárea. Hace 14 años no podemos sembrar, porque el gobierno no quiere dar la mano. En el censo de la Cooperativa sacamos 480 y pico aborígenes en el lote 15. Pero van y vienen. En el barrio Alianza hay planes, changas y hacen casas para indígenas, acá algo de los ladrillos y animalitos que tenemos. (Juan Nogonay, 63 años).

Aún mantienen como complemento dietario muy reconocido la harina de algarroba que elaboran con la chaucha apisonada del árbol que florece en noviembre. Elaboran una especie de pan que sirve para acompañar la carne asada. Son proclives a degustar lo dulce, porque desde niños sus padres y abuelos los acostumbraron a los frutos del chañar y el mistol.

Cuando terminan de consumir los alimentos que reciben del municipio, como parte de la práctica asistencialista oficial, los hombres salen a mariscar en los escasos islotes de monte que aún existen. Allí obtienen tatú, charata, palomas e iguanas, algunos tienen escopetas pero todos usan las hondas y los balines hechos de tierra. La carne de la iguana les resulta es muy sabrosa, la comen asada o hervida. El fiandú ya no se encuentra y recuerdan que lo perseguían cubiertos con matas de yuyos.

La totora es una planta que crece a orillas de los espejos de agua y con ella, las mujeres, fabrican canastos y sombreros, que ofrecen al turista o usan en las épocas de cosecha para cubrirse del sol o transportar sus pertenencias. Reconocen que para las cargas pesadas es preferible usar la hoja de palmera petisa.

Mantienen la técnica del secado de la hoja y diseños. Prácticas que aprendieron de sus madres y abuelas, y ellas transmiten a sus hijas o a otras jóvenes en talleres del salón comunitario. Santa Lina Durán es una mujer toba de 47 años,



Conclusiones

Otorgarle a la memoria colectiva la vocación de ser material constitutivo de la identidad y el patrimonio cultural, es comprender que su contenido nos permite ingresar en la historia social de una comunidad. Así los hechos vividos o conocidos, experimentados o transmitidos por otros componen el argumento de explicaciones y valoraciones comunes sobre lo sucedido. El pasado de una comunidad entra en diálogo con el presente para actualizar su significación y comunicarlo a las nuevas generaciones, convalidando las representaciones y prácticas sociales.

La preocupación que sienten los ancianos tobas de Cabá Ñaró por contar los sucesos, y que estos queden registrados por escrito, tiene una doble intencionalidad. Hacia adentro del grupo, reforzar lazos de pertenencia cultural para sus descendientes jóvenes que ahora ya saben leer y escribir; construir una “historia escrita”, documentada por “el decir” y “los papeles” que guardaron. Y hacia afuera de la comunidad para marcar derechos de ocupación y existencia en ese lugar, construir una frontera para “los otros”, los blancos, que aún ambicionan los territorios.

Esta perspectiva acerca el trabajo antropológico al plano de la significación colectiva de los contenidos de la memoria, permitiendo confrontar el dato etnográfico con otras fuentes sin el riesgo de la descalificación. El sentido compartido legitima la continuidad histórica de una comunidad, y fortalece la pertenencia a un espacio territorial. Por eso los relatos de los ancianos son una estrategia utilizada para reinventar la identidad en el presente, con algún rasgo de nostalgia y reclamo por el coraje perdido.

Tal como afirma Rafael Pérez-Taylor, con la memoria colectiva, “el pasado cobra sentidos de aseguramiento de las tierras, para darles un sentido de grupo y etnicidad a quienes ahí habitan, incurriendo en producciones colectivas que sujetan en el lugar a quienes tienen principios de historicidad.”¹⁰

Esta memoria que habita en los ancianos de la comunidad de Caba Ñaró, puede por la oralidad y el criterio de autoridad que los inviste construir y reconstruir el pasado colectivo. La racionalidad que opera en su forma de ordenar y calificar los acontecimientos nos permite conocer el sentido compartido de lo vivido, tanto como el impacto existencial de las relaciones con los blancos.

Los tobas, como pueblos nómades, cazadores y recolectores obtenían los recursos de subsistencia de la naturaleza. La conquista y colonización blanca alteró ese esquema de vida introduciéndolos en prácticas económicas no tradicionales de explotación de la tierra, mediante el cultivo del algodón, la apropiación y radicación en lotes rurales.

Pero no abandonaron la antigua costumbre de mariscar en los montes, tanto para obtener alimento en época de hambrunas como para continuar con el trueque de cueros, miel, plumas o grasas que mantenían con los criollos.

¹⁰ Rafael Pérez-Taylor. *Anthropologías. Avances en la complejidad human*. Buenos Aires. Editorial SB. 2006. Pp- 112.

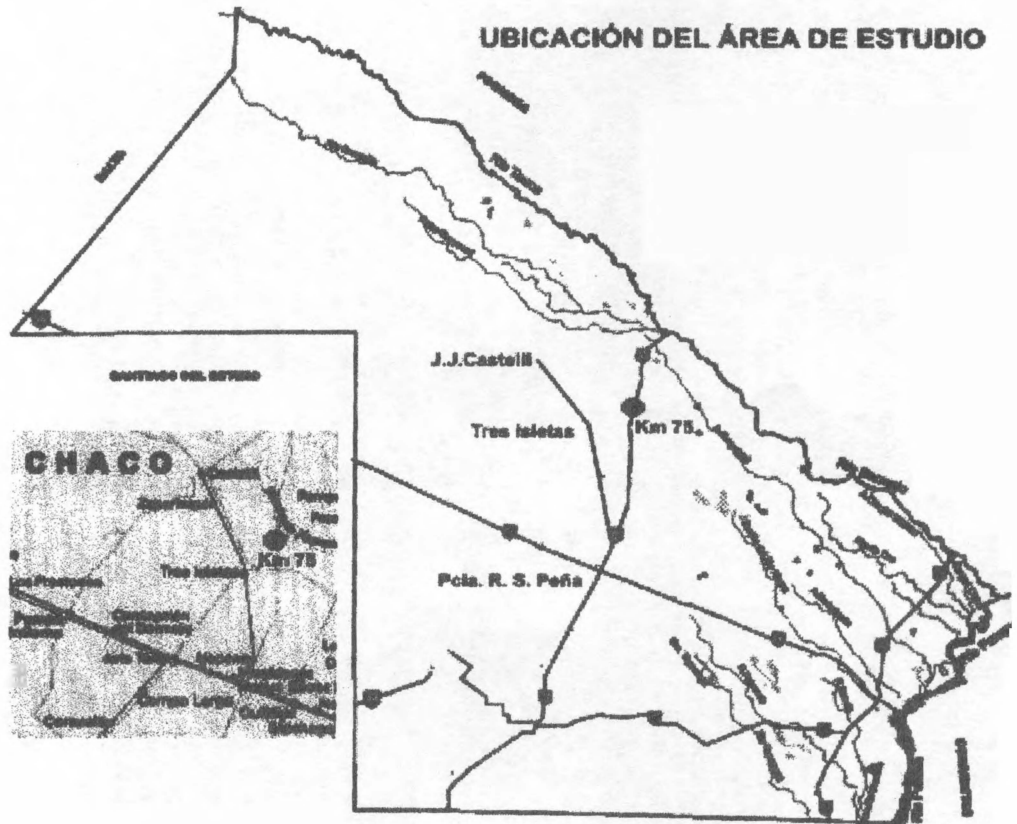


Al referirse a los tiempos ancestrales su memoria apela a la tradición oral, legitimada como fundamento de supervivencia de la etnia toba hasta el presente. La temporalidad que demanda una historia procesual, en cambio, no puede continuar recreándose en los términos de la disciplina histórica, pero sí admite el rescate del contenido cultural de esas narraciones.

Otras fechas y acontecimientos narrados corresponden a la historia de los últimos sesenta años, facilitando la relación temporal con los procesos nacionales y regionales. Por ejemplo tienen bien registradas sus vivencias como cosecheros y obrajeros; también de la primer y segunda etapa peronista, las estrategias de inclusión de los aborígenes a la ciudadanía y las negociaciones de sus caciques para la adjudicación de tierra.

Sus expectativas de desarrollo como pequeños productores rurales no son claras porque el asistencialismo estatal imprimió una gran dependencia material de las familias. Respecto del hábitat, guardan reminiscencias de sus épocas ancestrales pero la realidad exhibe un territorio afectado por la deforestación y el avance de la frontera agropecuaria que también impacta en el modo de vida de estos pueblos originarios al sacarles los recursos naturales.

Mapa Fig. 1



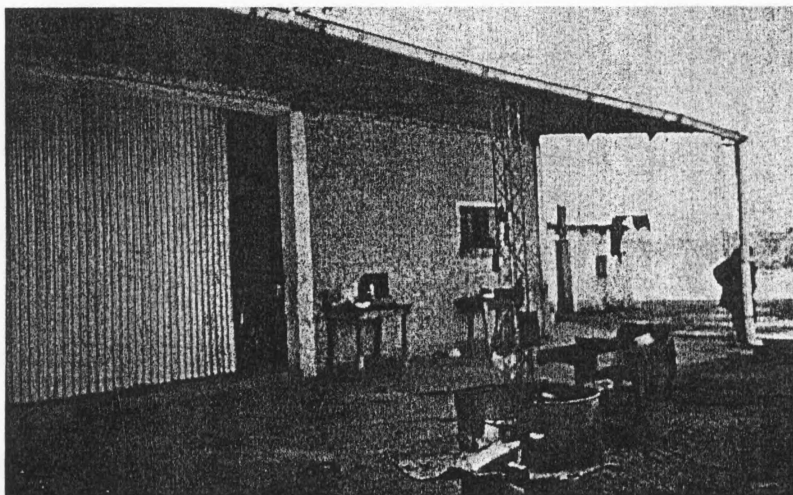


Foto Fig.2- Galpón de la Administración en la colonia dependiente del IDACH (Instituto del Aborigen Chaqueño)

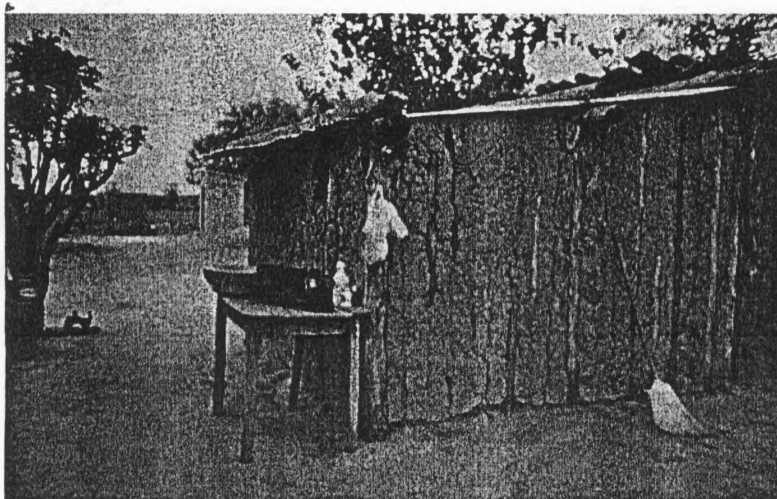


Foto Fig. 3- Viviendas tipo rancho con paredes de palo a pique embarradas.